

EL HIELO

*Explorando
la tierra*



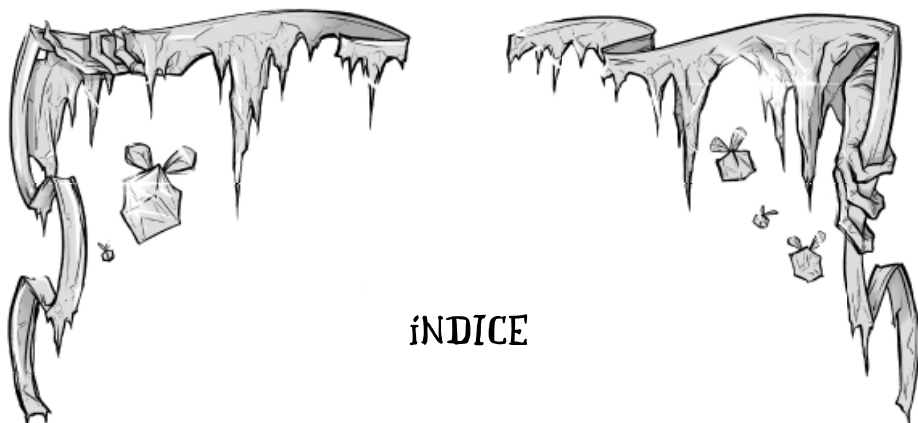
OBERON

KAOS
JUAN BERMÚDEZ

EL HIELO

*Explorando
la torre*

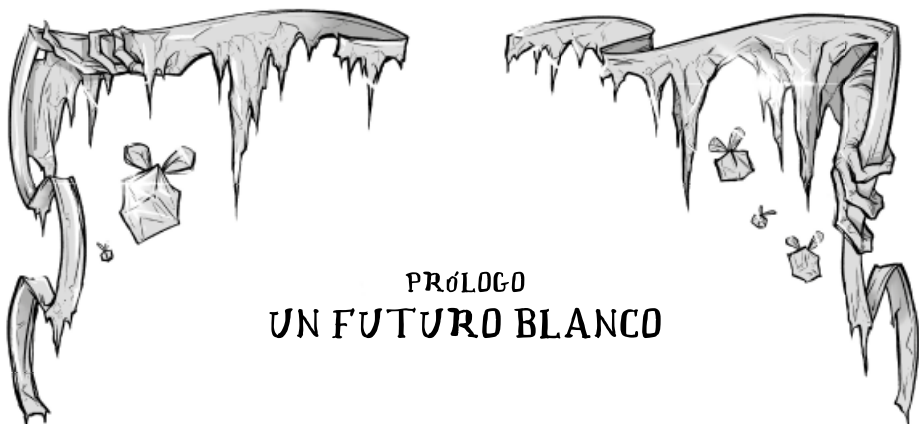
KAOS
JUAN BERMÚDEZ



íNDICE

Prólogo. Un futuro blanco	9
Capítulo 1. Capucha de piel	18
Capítulo 2. El Mensajero Caído	30
Capítulo 3. El explorador asustado	36
Capítulo 4. La expedición	43
Capítulo 5. Comunicación	68
Capítulo 6. El diario de Kuyen	84
Capítulo 7. Líder y mentores	91
Capítulo 8. Problema individual	110
Capítulo 9. Problema global	124
Capítulo 10. Nieve y fuego	138
Capítulo 11. La pérdida de la dualidad	152
Capítulo 12. Traerá el final	164
Capítulo 13. Moraleja	188
Epílogo. La traición	196





PRÓLOGO UN FUTURO BLANCO

Gelum, año 5474.

Ningún problema está aislado. Todo tiene una causa y más de una consecuencia, y casi todo está relacionado. A veces las relaciones son inventadas y otras veces son ignoradas por completo. Pero todo el mundo tiene problemas. Normalmente estamos tan preocupados por los nuestros que no tenemos tiempo de preocuparnos por los ajenos, y se nos olvida que los problemas ajenos también son los nuestros, y que quizá unos hayan provocado otros. Es complicado, sí. Como tantas otras cosas.

En la Torre, la mayoría de la gente nacía y moría en la misma planta, sin conocer ni preocuparse por las otras que hubiera más allá de la suya. Cada planta tenía sus propios conflictos y todas las plantas se afectaban unas a otras, aunque sus habitantes no se relacionaran entre sí, lo cual generaba una falsa sensación de aislamiento.

Y como todo se entiende mejor con ejemplos, voy a contar el más obvio. Para ello debemos ir a Gelum: la planta helada de la Torre.

Gelum estaba compuesta por columnas, puentes y rampas de hielo. Era impresionante, como un enorme castillo de cristal brillante. Aunque visualmente era impactante, su clima era de lo más hostil.

Las temperaturas siempre eran extremadamente bajas y las corrientes de aire hacían que fuese muy peligroso moverse por la parte externa de la planta. Las criaturas que poblaban Gelum estaban preparadas para estas condiciones: había mamuts, zorros y algunas focas, seres de hielo y hombres lobo.

Las criaturas heladas no se reproducían como el resto de animales. Se dice que si un objeto inanimado vive el tiempo suficiente, cobra vida. O simplemente vive el tiempo suficiente para darse cuenta de que está vivo. A veces uno tarda siglos en darse cuenta de esto. El problema es que es muy raro que algo se mantenga inmutable durante tanto tiempo. Excepto las columnas de hielo. Las columnas de Gelum tardaban tantos siglos en formarse que, de puro aburrimiento, muchas de ellas decidían comenzar a moverse y tener una vida un poco más activa. Así nacían aquellas criaturas heladas, que solían ser bastante grandes, de unos tres metros, intimidantes, con estalactitas como cabello y extremidades largas, frías y frágiles.

Estos seres vivían en Gelum sin cazar ni ser cazados, porque no existían depredadores para ellos y sus cuerpos no resultaban interesantes al resto de criaturas vivas. Excepto para los humanos. Ellos sí que destruían columnas. Los humanos solían hacer expediciones a Gelum por recursos. No solo cazaban animales cuyas pieles usaban luego para fabricar todo tipo de cosas, sino que también picaban grandes bloques de hielo y los transportaban para construir casas. Por esa razón, las criaturas de hielo odiaban a los humanos, porque impedían que su especie pudiera seguir creciendo (lo cual, desde un punto de vista ecológico, podía ser favorable, pero ese es otro tema).

Los hombres lobo nunca intervenían en aquellas trifulcas porque eran criaturas solitarias. Al menos, lo eran de cara al resto. Entre ellos formaban una comunidad fuerte y unida. No es que prefirieran mantenerse al margen, es que ni siquiera se lo planteaban. Se limitaban a vivir en sus dominios, sin invadir los ajenos, y el resto de criaturas respetaban esos límites porque nadie quería enemistarse con los hombres lobo. Al fin y al cabo, había pocas criaturas que pudieran plantarles cara.

Los humanos iban y venían de Gelum para cazar animales y picar hielo sin demasiados problemas. Sabían que las únicas criaturas que les podían hacer frente eran los hombres lobo, pero también sabían que estos no iban a atacarlos, ni tampoco a la inversa. Eran dos especies que mantenían las distancias, como en un pacto no escrito. Pero aquel pacto no duró eternamente.

Tendremos que remontarnos al primer día en que los hombres lobo intervinieron en los asuntos de los humanos: el día en el que el pacto se rompió.

Aquel día, una manada de hombres lobo caminaba junto a un lago que, tiempo atrás, había sido un prado lleno de vida, repleto de plantas y animales. La manada había salido a buscar comida, pero la expedición no había tenido mucho éxito. Las presas habían comenzado a escasear desde que la mayoría de la vegetación de Gelum había desaparecido y, con ella, todos los animales herbívoros.

Eran un grupo pequeño, no más de una decena, de hombres y mujeres altos vestidos con pieles, de tez oscura y pelo blanco, como la nieve que los rodeaba. En el centro de la cuadrilla estaba Leo, el líder de la manada, un hombre lobo grande y fuerte. Sostenía a su nieta, que era tan solo un bebé, en brazos.

—Oh, no —murmuró Leo cuando vio que la pequeña comenzaba a hacer pucheros—. Kuyen, no llores, no pasa nada... ¡Miiira qué alto! ¡Cómo vuelas!

Los juegos de Leo no calmaron a la pequeña, que comenzó a berrrear con toda la fuerza que le permitían sus pequeños pulmones.

—Qué pesadilla. —El muchacho que estaba a la izquierda de Leo se alejó—. Todo el día igual.

—¿Tienes algún problema, Pillán? —Leo lo miró con reproche—. La criatura tiene hambre. No come desde ayer.

—Pues dale tú la leche, que eres su abuelo —lo desafió Pillán.

La mujer que tenía a su lado le dio un mordisco en la mejilla.

—Cuida esos modales, hijo. —Se giró hacia Leo y se ofreció a cargar ella con el bebé.

—Yo también tengo hambre y no voy lloriqueando todo el día.

—Es lo único que haces —le dijo Leo.

—¿Cómo dices?

—Cállate.

—¡Yo no lloriqueo!

—¡Que te calles! —El líder de la manada se detuvo, con los ojos entrecerrados y la nariz arrugada—. Viene alguien.

La manada se ocultó no muy lejos y vieron llegar a un grupo de inuits, una población de humanos de baja estatura que habitaba Bandedja, la planta inferior a Gelum.

—¿Qué hacemos aquí escondidos? —preguntó Pillán—. Seguro que han venido a cazar nuestras presas. Tenemos que ir a por ellos.

—Espérate —ordenó Leo—. Son humanos, no animales.

El muchacho resopló, como si no hubiera diferencia, pero no era capaz de desobedecer a su líder, así que Leo y los suyos esperaron hasta que el grupo de inuits entró a la orilla del lago, creyendo no haber llamado la atención y, cuando estuvieron cerca, la manada salió de su escondite con un sigilo envidiable para colocarse frente a ellos, cortándoles el paso.

—Cuánto tiempo sin veros por aquí, Tukik —dijo Leo con voz solemne. Y era verdad. Hacía mucho tiempo que los humanos no iban a Gelum.

Entre los inuits hubo uno que dio un paso al frente. Tenía barba y cejas frondosas llenas de canas, las ojeras marcadas, los ojos de color azul intenso y una constitución robusta y fuerte, pero se encorvaba un poco y su rostro reflejaba mucho cansancio. Se llamaba Tukik y era el único del grupo que conocía la lengua de los hombres lobo, así que sus compañeros le cedieron la palabra con la esperanza de que intermediara para evitar un conflicto.

—Siempre es placer verte, Leo.

—No puedo decir lo mismo —contestó el hombre lobo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Buscamos prado —dijo Tukik en tono tajante.

—Pues bienvenidos al prado. —Leo abrió los brazos como abarcando aquel lago vacío y muerto—. O lo que antes era el prado.

Tukik lo miró con ojos de sorpresa. El hombre lobo se acercó a él. Medía casi dos metros de alto, mientras que los inuits rara vez alcanzaban el metro y medio de altura, así que Leo usó la diferencia de tamaño como método de intimidación.

—Os veo muy bien —dijo Leo mirando con curiosidad y un poco de desprecio las ropas de los inuits. Llevaban abrigos decorados con flecos y pelo, guantes y botas grandes y rígidas. A la espalda cargaban un paraguas sujeto con una cuerda que les rodeaba el torso—. ¿Qué ha pasado con vuestra ropa?

—¿Te gusta? —Tukik sonrió con un poco de malicia y realizó un pequeño movimiento, como posando—. Son regalo del Santo Cielo.

—El Cielo no regala nada.

—A mi pueblo sí. ¿Qué pasa, Leo? ¿No crees en dioses?

La mirada del inuit ofendió a Leo, que contempló a su manada con rostro arrepentido. Los miró a todos, pero se centró especialmente en el bebé, su nieta, huérfana poco después de nacer, y se preguntó cómo podía existir una justicia divina que permitiera que una recién nacida, sin culpa de nada, tuviera que pasar hambre.

—Si los dioses existieran... —Leo apretó los puños y pensó en su difunta hija—. No estaría desapareciendo todo.

—Quizá es castigo —teorizó Tukik con tono jocoso—. A vosotros os quitan todo. A nosotros nos regalan todo.

Leo era un hombre lobo paciente y con talante, pero aquel inuit era experto en sacarlo de sus casillas.

—Dicen que puedes ver el futuro —comentó Leo—. ¿Es tan negro como parece?

Tukik tardó un poco en contestar. Cuando lo hizo, su voz había cambiado. Sonaba más profunda y con eco, como una voz sobrenatural que sobrecogió incluso a la manada.



—AL CONTRARIO. EL FUTURO ES COMPLETAMENTE BLANCO. SIN ARISTAS, SIN VERDES NI CONTRARIOS. SOLO BLANCO. —La voz retumbó por todo el lago.

Durante unos segundos, un silencio sepulcral se extendió en ambos grupos, como si las palabras de Tukik estuvieran tardando en asentarse.

—¿Y eso qué significa? —preguntó finalmente Leo—. ¿Van a seguir desapareciendo las plantas? ¿Por eso no habrá verde?

—Prefiero no interpretar. Aún.

El resto de inuits escuchaban la conversación, pero no entendían lo que decían, así que se mantenían en tensión, inseguros ante la presencia tan cercana del hombre lobo y preparados por si ocurría algo. Leo podía oler su miedo con tanta claridad que se tuvo que esforzar por no sonreír.

—Esta es la cosa. Sabemos que queréis cazar nuestras presas. Pero tenemos cachorros nuevos en la manada, mi nieta entre ellos, y las presas están escaseando.

—Sabes nuestros cuerpos no satisfactorios —le recordó Tukik, casi como una broma.

—Tendremos que conformarnos.

Las pupilas de Leo se dilataron.

Tukik chasqueó la lengua, se giró hacia sus compañeros y les hizo un gesto rápido en lenguaje de signos. Leo podía imaginar qué significaba: «Peligro».

Inmediatamente, los inuits abrieron los paraguas que llevaban colgados a su espalda y los hombres lobo intentaron abalanzarse sobre ellos. Eran rápidos, pero estaban demasiado lejos. Los humanos saltaron hacia el borde del acantilado y se dejaron llevar por las corrientes de aire como si fueran los vilanos de un diente de león, alejándose de los hombres lobo que los miraban gruñendo con frustración.